



pretendido conquistarla:» cedían á la política de Alcibiades. Pero cuando en Atenas el pueblo se resolvió á vengar á los Hermes (1) destronados; cuando Alcibiades, dueño de Naxos y de Catania, se vió por último perseguido por una condenación y por las maldiciones celestiales (2), Nicias dió tiempo á la lenta Lacedemonia para acabar sus preparativos. Abriéndose paso Gilipos, entró en Siracusa.

Un eclipse de sol, dos derrotas navales, y dos por tierra, la muerte de los generales atenienses en el campo de batalla, ó muertos después de la victoria, señalaron la libertad de la Sicilia (413).

No quedaban allí más que cautivos; pero el genio tenía sus derechos sobre los griegos de Sicilia y sobre los griegos de la Hélade. Un pasaje de Eurípides, recitado por los esclavos atenienses, fué á menudo su único rescate (3).

Todo esto fué efecto de la llegada de Alcibiades á Esparta. Él era quien había decidido la expedición de Gilipo; él quien había comenzado la guerra en la Grecia, porque era tan útil á los lacedemonios combatir cerca, como á los atenienses llevar las hostilidades lejos de la Grecia; él quien había puesto un rey de Esparta en el punto fortificado de Decelia para mandar sobre Atenas. Con el pelo cortado hasta la piel, bañándose en agua fría, comiendo pan moreno y tomando sopa negra (4), disponía los rudos espíritus de la Laconia, como soliviantaba poco antes las tumultuosas pasiones del Atica. Indicaba á la rival de su patria los medios de vencer.

Atenas, aunque no desanimada, había, al ménos, perdido la mitad de sus socorros; las islas se rebelaron; los sátrapas del Asia Menor no pedían sino adquirir de nuevo las costas del

(1) Alcibiades había sido acusado de haber cometido el crimen de mutilar las estatuas de Mercurio, y de haber profanado los misterios de Eleusis.

(2) Después de su condenación, Alcibiades fué entregado á toda clase de maldiciones. A la caída de la tarde, mirando los sacerdotes al Occidente, sacudieron sus vestidos de púrpura. Únicamente el hierofantida Teano lo rehusó.

(3) Poirson, *Compendio de Historia antigua*; Duruy, *Historia de la Grecia antigua*.

(4) Tucídides, I. VIII, c. II.

Peloponeso; Lacedemonia aumentaba su escuadra con cien naves.

Mientras que la escuadra ateniense es recibida en Samos y reprime la defección de las islas, Alcibiades, que sedujo á la mujer del rey Agis, y al que adulan los grandes, se retira de la causa dórica. Se va al lado de Tisafernes, retarda y disminuye los socorros de los persas, y espera á que de nuevo arroje su espada á la pelea. Se resiente del ejército de Samos y del partido aristocrático, que, en vez de llamarle, establecieron el riguroso despotismo de los cuatrocientos.

Al fin los hombres libres, reunidos en el Pnice, deponen á los cuatrocientos y decretan la vuelta de Alcibiades. La sacerdotisa Teano, desde su destierro, había dicho que ella era sacerdotisa para bendecir, no para maldecir. Un pontífice declaró que no había lanzado la maldición á Alcibiades, una vez que fuera declarado inocente. Relevado Alcibiades de todas las acusaciones, derrotando á persas y lacedemonios, anuncia su regreso con victorias por mar y tierra. Farnabazes abre paso á los embajadores de Atenas hasta cerca de Dario, y uno de los vencidos de Cizica escribió á los éforos: «Todo se ha perdido; el ejército, muerto de hambre; no sabemos qué hacer ni qué sucederá (1).»

Los éforos pidieron la paz. La orgullosa Atenas la rehusó, y no dejaba de festejar á su héroe acompañándole, cuando, revestido con el traje del gran sacerdote, celebraba en Eleusis la procesion de los grandes misterios. Por lo que á él se refiere, sabía mostrarse digno de tantos honores, sosteniéndose contra Lisandro, que tenía para él los tesoros del jóven Ciro. Por desgracia, y en despecho de las órdenes de Lisandro, su lugarteniente libró una batalla, perdiendo en ella quince galeras. Destiérnanle de nuevo, y dieron el mando á diez generales. Calicratidas reemplazaba á Lisandro, y este duro espartano, maldiciendo la bajeza de aquellos que, por un poco de oro, habían concedido á los bárbaros el derecho de burlarse de sus vencedores, quedaba privado de la protección del

(1) Tucídides, I. VIII, c. 96.



gran rey. Vencedor en Mitilene, y bloqueando á Conon en este puerto, no quería retroceder ante los otros nueve generales de Atenas. Allí pereció él, y los aliados perdieron setenta naves. Pusieron entonces á la cabeza aquel Lisandro nacido entre los ilotas, quien pensaba que por doquiera donde no alcanzara la piel de leon era necesario unir á ella la piel de raposa. Este lacedemonio, que divertía á los hombres con juramentos como se divierte á los niños con el juego de las tabas (1), volvía á adquirir su ascendiente sobre el jóven Ciro.

Los atenienses, por el contrario, habían condenado, á pesar de Sócrates, á los generales victoriosos. Perdieron toda la escuadra cerca del pequeño rio de la Cabra, Egos-Potamos y la galera sagrada *La Paraliena* (nave que se mandaba todos los años á Delos con ofrendas).

Los aliados se rebelan; los habitantes de Licione y de Melox son puestos en libertad. Mientras que Agis y Pausanias atacan á Atenas por tierra, el vencedor de Egos-Potamos entra con sus naves en el Pireo. La ciudad abandona sus riquezas, entrega sus galeras, á excepción de doce, renuncia á la democracia y reconoce la alianza de Esparta; ella recibe una guarnicion y un *harmoste* ó gobernador. Por último, al sonido de las flautas y de los oboes y á los gritos de alegría de los aliados, que se creían en libertad, se derrumban las murallas del Pireo y la inmensa fortificación que une el puerto con la plaza (404) (2).

La influencia dórica triunfa por todas partes. En la Grecia propiamente dicha, los vencedores extienden la mano de hierro de su despotismo, «cambiando la dulzura de la especie humana en una ferocidad salvaje» (3). En el Asia Menor, Esparta juega el papel de Atenas, defendiendo la nacionalidad de las ciudades griegas contra los persas, y humillándolas bajo su principado. En la Magna Grecia, ó al ménos en la Sicilia, la república que había enviado allí á Gilipo, deja, como antes en Co-

(1) Plutarco, *Vida de Lisandro*.

(2) Barthelmy y sus autoridades; Gillies, *Historia de la antigua Grecia*; Connop-Thirlwall, *Historia de la Grecia*.

(3) Isócrates.

rinto, ciudad marítima de los dorios, un protectorado supremo, que no desaparecerá sino con la conquista romana.

Mientras que la corrupción comenzaba á dominar por vez primera, según se cree, en la ciudad de Licurgo con los despojos de Atenas, la Sicilia, lanzada á la guerra del Peloponeso por la política de Alcibiades, recaía en su estado habitual de revoluciones populares y efímeras tiranías.

Siracusa, victoriosa por mediación de Gilipo, no estaba en disposición de ceder su supremacía. Había recibido sus leyes de Diocles, quien reconocía la democracia y procuraba en vano prevenir los abusos, restableciendo, por encima de todo, el poder inflexible de la ley. Era capaz de darse muerte antes que violar la letra de una de sus prescripciones; pero dejaba sus leyes sin apoyo, y la muchedumbre no guardaba para ellas el mismo respeto que para él (1).

Los extranjeros estaban siempre amenazando. Diocles había tenido que combatirlos. Cuando los egestanos, sin cesar en guerra contra Selimonte, llamaron en su socorro á los cartagineses, estos, bajo la dirección de Anibal Giscon, se apoderaban de Selinonte y de Himera y destruían á Agrigento (406).

El ambicioso Dionisio subleva á los partidos para sobreponerse á ellos. Quería dominar en Siracusa, y hacer de esta importante ciudad la soberanía de toda la isla por la sumisión de las colonias griegas y por la expulsión de los cartagineses. Toda su vida el príncipe ó tirano, siguió su plan en medio de las rebeliones interiores que él sofocaba ó fomentaba entregando la ciudad á sus partidarios, á pesar de los caprichos de las ciudades tributarias, á pesar del encarnizamiento de los cartagineses, á pesar de las derrotas que le ponían en peligro y á pesar de la peste que diez-maba sus soldados. Derrotado unas veces por tierra y otras por mar, sitiado por Himilcon otras, dando muerte á los rebeldes, tomando plazas, perdiendo unas veces sus conquistas y

(1) Barthelmy, *Viaje de Anacarsis*, cap. 43; Diodoro, lib. 13.





volviéndolas á adquirir otras, arruinando á los sicilianos y llevando la guerra á la Magna Grecia para robar los tesoros de Locres y de Crotona, y tomar á su sueldo á algunas partidas de Galos que habian incendiado á Roma, cultivaba sin embargo de todo esto la poesía, mandaba embajadores á los juegos olímpicos para recitar allí versos, solicitaba los elogios de *Filoxene*, y como griego, tenia sobre todo en grande estima á sus paisanos. Llamó á Platon á su córte, disputaba con él, le amenazaba con la muerte, y despues al abandonarle pedia perdón al filósofo, *quien desde luego trataba de olvidar los agravios de Dionisio*. Dueño de Selimonte, de Erix y de Entela, hubiera quizá arrojado á los cartagineses y establecido sobre toda la isla la dominacion de Siracusa á no haber muerto envenenado (368).

En esto encontró la isla su salvacion, no obstante tener que verse bien pronto envuelta entre Roma y Cartago. La autoridad real podia únicamente darla fuerza y unidad, pero no estaba llamado para esto el segundo Dionisio.

Habia, sin embargo, algo en la vida revuelta de este hombre impetuoso que tenia algun interés, y consistia en la mucha elocuencia y grande generosidad de su alma; en que queria el bien y el mal con la misma pasion; en que hacia llamar tres veces á Platon, diciéndole que no queria tener otro amigo que él, y otras tantas veces le expulsaba de su compañía; en que se abandonaba unas veces á los consejos de sus aduladores, y otras atendia los severos avisos de *Dion*; y por último, en que pasaba de la conversacion de un filósofo á las más repugnantes voluptuosidades.

*Dion*, cuya hermana habia estado casada con Dionisio el antiguo, y que fué discípulo de Platon, repetia en vano al nuevo tirano que su padre se habia engañado constituyendo su poder sobre sus flotas, y con los diez mil bárbaros de su guardia, *«como si fueran cadenas de diamante, cuyas partes todas de su imperio estaban perfectamente sujetas.»* Dionisio le destierra y le quita su mujer. Al fin de tres años, el desterrado, reconociendo que *esto le conducia, no ya á la escuela de la filosofía, sino á la de la adversidad*, se decide á abandonar el

destierro. Parte de Zacinto, con tres mil hombres, auxiliados por los cartagineses, entra en Siracusa, y Dionisio, no conservando más que á esta ciudad, se retira á Locres, á la que sigue tiranizando. Desde allí el príncipe sublevó la multitud contra el libertador, á quien acababa de dedicar una corona de oro, y á quien tambien desterró. Le llama bien pronto contra los sectarios de Dionisio, que bajaban para saquearla. Dion se apodera de la ciudadela; pensó en establecer la aristocracia, y viendo que se dirigia contra él, la fraccion democrática se libra de ella por el asesinato de su enemigo *Heraclidas*. A su vez, el ateniense Calipos da muerte á su bienhechor *Dion*, y entonces, á favor de la anarquía y de las efimeras usurpaciones, vuelve Dionisio y se apodera del mando. Los de Siracusa ruegan á Corinto que les mande á Timoleon (345).

Este Timoleon era un verdadero dorio con su rudeza y sus virtudes. Nadie le disputaba la gloria de su valor. Llegando á hacerse su hermano el tirano de su patria, consintió en que se le diera muerte. Más tarde marchó con diez galeras, cuando el tirano de Leontium, *Icetas*, ayudado de los cartagineses, se habia apoderado de Siracusa, y estaba poniendo sitio á Dionisio en la ciudadela. Dispersó á los sitiadores, y ocupando su puerto, obligó á Dionisio á que se entregara con sus soldados y tesoros. El anciano tirano se refugia en Corinto, haciéndose sucesivamente maestro de escuela para explicar la gramática á los niños en los caminos, y sacerdote de *Cibeles*, llevando un *tympanon*, cantando y bailando en honor de la diosa, y alargando la mano para recibir algunas limosnas.

Timoleon, á la cabeza de seis mil hombres, derrota á sesenta mil cartagineses, vuelve á poblar la Sicilia, conduciendo allí á todos los desterrados y proscritos, y restablece la aristocracia con las leyes de *Diocles*, que comienza á reformar. Por todas partes destruye las ciudadelas de los tiranos, y termina por retirarse á la vida privada. Cuando murió (337), se le hicieron magníficos funerales, y despues todos los años celebraban su memoria. Pero el espíritu ligero de Siracusa no respetó su obra. Las



guerras con Agrigento sirvieron de pretexto para la tiranía de *Sisistrato*, y más tarde para la de *Agatocles*. En esta desgraciada Sicilia no habia más que un período de despotismo y de licencia. Cuando *Pérdicas* de Macedonia preguntaba á Dionisio el Joven cómo habia él podido perder un imperio que por tanto tiempo Dionisio el Antiguo habia sabido conservar, el rey proscrito le contestó: *«Cuando mi padre ocupó el trono, los de Siracusa estaban cansados de la democracia; cuando me obligaron á abandonarle, estaban cansados de la tiranía (1).»*

De esta suerte, la Sicilia iba quedando poco á poco unida á la Grecia; algunas veces recibia un libertador del Peloponeso. Pero ella nunca se mezclaba en los asuntos ó sucesos del Oriente; solamente cuando Esparta fué atacada por Tebas, el antiguo Dionisio envió naves en su socorro.

En cuanto á la suerte del Asia Menor, depende de los intereses de la Hélade; la historia de la dominacion dórica en los dos países, está intimamente ligada.

Lacedemonia habia desde luego ensayado conservar bajo su imperio las ciudades griegas de la córte asiática. Colocada á la cabeza de la Grecia, queria dar por pretexto de su ambicion el interés de la causa helénica. Era natural, por otra parte, que favoreciese las empresas de *Ciro*, que tanto habia contribuido á su victoria sobre Atenas. La retirada de los diez mil, esta doble gloria de *Jenofonte*, general é historiador, descubrió la debilidad de los persas (399). Los reconocimientos sucesivos de *Timbron* y de *Dercelidas*, abrian paso á la grande invasion de *Agésilao*, que deseaba penetrar en el interior del imperio asiático (395). En el exterior, Esparta se mostraba digna del mando, y pretendia hacer impotente la obra futura de *Filipo* y de *Alejandro*. Pero en el interior no era tolerable su yugo. Habia devastado la *Elide* (403), persiguió á los últimos descendientes de los *mesenios* hasta en su refugio de *Naupacta* (401). Los treinta tiranos constituidos en Atenas bajo la proteccion de un gobernador y de una guarnicion lacedemónica

(1) Plutarco, *Vida de Timoleon*; Diodoro, l. XV.

para representar allí la aristocracia, no conservaban su odioso poder más que por el asesinato y el destierro. Condenaron tambien á uno de ellos, á *Terameno*, á beber la cicuta, y si respetaron por entonces á *Sócrates*, á pesar de su constante pero pacífica oposicion, dieron muerte á *Alcibiades* de Lacedemonia.

*Lisandro* se atrevió á echar en cara á *Farnabazes* su maldad, y el ateniense, á quien sus asesinos no se determinaban á mirarle de frente, se libró del fuego para ser herido con las flechas.

El desterrado *Trasibulo* volvió de Tebas; quizás él solo no habria podido libertar á su patria, á no ser por el odio de *Pausanias*, uno de los reyes de Esparta, contra *Lisandro*.

Era necesario resistir; pero Atenas no se hallaba en condiciones de formar una liga, y la envidiosa Corinto, aunque de origen dórico, dió la primera la señal. Lacedemonia, cuyo poder marítimo peligraba por esta defeccion, le pierde por completo con la dominacion del Asia Menor por la victoria de *Farnabazes* y *Conon* en la altura de *Guido*. *Agésilao*, llamado contra los confederados de Tebas, Argos, Corinto y Atenas, cuyos muros levanta con el oro de los persas, rechaza á los enemigos hasta *Coronea*, donde coloca un trofeo, único fruto de su jornada. La flota de *Conon* domina en el mar, y los persas se unen á los griegos contra sus mismos hermanos.

Los ejércitos de Esparta eran insuficientes para resistir á tan poderoso enemigo, y entonces apeló á la intriga y firmó una deshonrosa paz. Su negociador *Antalcidas*, viéndose secundado por *Teribazes*, favorecido tambien por las imprudencias de *Conon*, que impone tributos á los súbditos del gran rey y á los de Atenas, que protege la sublevacion de *Evagoras*, arregla el tratado de que hemos hablado más arriba y que fué para la Grecia una «vergüenza» y una «impiedad» (1) (387).

El tratado de *Antalcidas* era un paso atrás; la guerra entre la Persia y la Grecia no podia terminar de esta manera, porque en definitiva,

(1) *Aiscron kai anosion ergon*, dice Platon, *Menezene*, l. 17; *Jenefon*, l. V.





entregaba á los persas las ciudades que garantizaba la paz de Cimón. Tal fué el resultado de las disidencias entre los griegos.

Por lo que hace al Asia Menor, importaba poco que obedeciera las órdenes de la Persia, ó se sometiera al despotismo democrático de Atenas ó al aristocrático de Esparta. El pacto por el que la Grecia dividida abandonaba lo que no podía conservar, constituía en realidad, por otra parte, la dominación continental de la república doria encargada de hacerle cumplir.

Conceder la libertad á todas las ciudades, era decretar la disolución de las «ligas,» y Lacedemonia, más fuerte que ninguno de los pequeños Estados griegos, podía entonces asegurar su poder y formar despues su liga contra el Oriente. Esta política de Antalcidas, pequeña en sus medios, tenía cierta grandeza por razón del fin que ocultaba hábilmente para conseguirla mejor (1); pero las armas y la astucia de Tebas y Beocia, la descubrieron (386). Lacedemonia perdió todo su poder por el exceso y el abuso de su poder.

La destrucción de Mantinea y el mandar volver á los desterrados de Flionte, eran una venganza y un acto de justicia. A los olintios de Tracia se les obligaba á no tener otros amigos ni enemigos que los suyos. Pero donde se descubren su mala fe y la traición, es en el hecho de entrar Febedas en Cadmea en tiempo de paz, apoderarse de Tebas, sin que Esparta haga más que condenarle á una multa, pero conservando su vergonzosa conquista. Esta última empresa no tuvo buen éxito. Uno de los nuevos polemarcas, recibiendo un billete en medio de un festín, dijo: «Para mañana los asuntos graves.» Siete conjurados ó quizás doce (2), entraron en la ciudad con Pelópidas, y la entregaron. Los harmortes rindieron la ciudadela y fueron condenados á muerte ó á destierro (378).

De este modo empezó la contienda entre Tebas y Esparta, cuya ambición atrajo contra sí á todos sus antiguos aliados, y la obligó á buscar el apoyo de su antigua rival. Atenas,

(1) Véase á Barthelemy; Gillies, *Historia de la antigua Grecia.*

(2) Jenofonte; Plutarco, *Vida de Pelópidas.*

celosa de Tebas al comprender que quiere mandar en su derredor, no quiere dejarse desposeer; sin embargo, no consiente que se restablezca la supremacía de Esparta. Así pasará de una en otra alianza con el fin de sostener el equilibrio. La Persia, llamada por todos los partidos, excita el odio entre ellos, y despues de haberles dividido y debilitado, obtiene el triunfo.

Atenas formó causa á todas sus generales por no haber descubierto la conjuración de Pelópidas, y cuando una flota enemiga amenazó el Pireo, se puso de parte de Tebas, prestándole sus galeras. En las llanuras de la Beocia pelean los tebanos contra Agesilao, «que al batirles les enseñaba el arte de vencer.» Los vencedores tebanos destruían á Tespias y á Platea (375), y proyectaban apoderarse de la Fócide para ellos y de la Tesalia para el tirano Jason, su amigo. Atenas rechaza á estos generales, que la imprudente Esparta acoge, y por último, se retira de una guerra que no la reportaba ninguna ventaja. En vista de este primer resultado de la desunión de los griegos, Artajerjes habla con imperio y les envía tropas auxiliares á las órdenes de Ificrates y Focion, que aceptan el título de «sátrapas» por ayudar á someter á los súbditos sublevados 374 (1).

En la Asamblea general de Esparta el sábio Epaminondas aparece por primera vez y combate con su elocuencia á Agesilao, contra quien empuñará muchas veces las armas. Pretendía que la Laconia fuera libre é independiente de hecho, ó que la Beocia quedara bajo la protección de Tebas.

Agesilao, lleno de ira, borró el nombre de los tebanos del tratado que su patria acababa de hacer con los otros Estados de la Grecia. De hoy más la lucha se concreta á estos dos hombres. El intrépido Pelópidas reconoce su inferioridad y la rehusaba poniendo siempre su valor á la disposición y bajo las órdenes de su amigo. Otro grande general, Lisandro de Lacedemonia, que había protegido á los reyes fué muerto en Beocia al principio de las hostilida-

(1) Plutarco, *Vida de Agesilao.*



des. La acción no la estorbarán personajes secundarios (1).

Agesilao que, á pesar de los grandes obstáculos que le había opuesto Lacedemonia por su deformidad natural, había usurpado el trono de su sobrino y ocultaba su usurpación con sus relevantes cualidades y con su gloria, se mostró siempre generoso con ellos, pero implacable hasta la iniquidad contra los tebanos que le habían impedido destronar al rey de los persas. La Grecia, admirando sus virtudes, le declaraba su mejor capitán. Pero Tebas encontró un invencible campeón en Epaminondas.

El discípulo de Pitágoras, insensible á la seducción y á los placeres del vino, que no salía de casa cuando lavaba su capa porque no tenía más que una, y que tocaba notablemente la flauta, iba á desplegar á la vez, y en primer grado para bien de su patria, la elocuencia del orador, los talentos de un gran guerrero y el genio de un profundo político (2). El rey Cleombroto había penetrado en la Beocia.

La victoria de Leuctres, alcanzada á pesar de siniestros prodigios bajo «el feliz anuncio de la defensa de la patria,» dió á conocer al beocio Epaminondas. Pelópidas mandaba, bajo sus órdenes, el «batallón sagrado.» En la batalla murieron Cleombroto y cuatrocientos espartanos, de los setecientos que tomaron parte. Atenas murmuró de este suceso; Tebas se puso tan orgullosa, que el filósofo Antirtenes llegó á decir: «Me parece ver discípulos que han castigado á sus maestros.» La ciudad de Licurgo ni siquiera interrumpió sus juegos (3) (371).

No obstante su constancia, se aproximaba el tiempo en que «las mujeres de Lacedemonia verían el humo de un campo enemigo.» Hubo un momento en que la Grecia se conmovió ante los ambiciosos proyectos de este Jason, que había reunido bajo su tiranía á todos los tesalios, y ya se consideraba dueño y árbitro

(1) Plutarco, Jenofonte.

(2) Una duda ha debido ocurrirse sobre la pureza de costumbres de Epaminondas, en vista del testimonio de Clearco de Salos, citado por Ateneo. Este es el escollo de las grandes virtudes de la antigüedad. Epaminondas y Sócrates constituyen excepción.

(3) Jenofonte, Plutarco.

de la Grecia; pero bien pronto fué asesinado.

Inmediatamente, á la voz de Atenas, que proclamaba el tratado de Antalcidas, los habitantes del Peloponeso, los arcadios y los tegeatas toman las armas contra la dominación de Lacedemonia, y descubren sus sentimientos de independencia por medio de la fundación de Megalópolis.

Epaminondas marcha á socorrer á Mantinea con setenta mil soldados de la Beocia, de la Fócide y de la Acarnania, etc., y con la caballería de los tesalios. Quería levantar un trofeo en medio de Lacedemonia, que no tenía murallas; Agesilao, colocado sobre las pequeñas eminencias que rodeaban la ciudad, y viendo á esta multitud dispuesta á pasar el Eurotas, cuya corriente había aumentado con el deshielo de las nieves, exclamó: «¡Qué hombre! ¡qué prodigio!» Pero el viejo armaba á los ilotas, frustraba las conjuraciones y dispersaba al ejército sitiador, que se retiró despues de incendiar á Gitio y reedificar á Mesene. Esparta vió á Iscolas renovar el sacrificio de Leonidas. Los aliados abandonan á Tebas, y Atenas envía contra Epaminondas á Ificrates, que no pudo darle alcance. En tanto que Tebas exonera á sus «beotarcas» por haber conservado el mando más tiempo del plazo marcado, Atenas y Esparta, de comun acuerdo, se distribuyen el imperio de la tierra y del mar bajo la garantía de la Persia.

Una segunda invasión de Epaminondas, llamado al Peloponeso por los pueblos de la península, es rechazada. La «batalla sin lágrimas,» que consiguieron los argivos y los arcadios, consolidó á la Lacedemonia (367). Tebas no fué más feliz en Tesalia, donde las ciudades, sometidas á Pelópidas, volvieron á caer bajo la tiranía de Alejandro de Feres, ni en Macedonia, donde á la muerte de Amintas IV, reina Tolomeo en lugar de su hermano, que protege á Pelópidas.

También fué necesario que Epaminondas se pusiera al frente de los tebanos para dar libertad á su amigo, preso por traición. Sin embargo, Tebas conservaba en su poder rehenes macedonios, y entre ellos al joven Filippo, que se instruía en los grandes destinos, bajo la di-